
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01243441 1

LOS POETAS

Biblioteca de grandes poetas clásicos y modernos

GUILLERMO VALENCIA

POEMAS

Vol. 53



20 cts.



EDITORIAL CLARIDAD

(SOCIEDAD DE PUBLICACIONES)



Empresa editora de: LOS PENSADORES - BIBLIOTECA CIENTIFICA
CLASICOS DEL AMOR - LOS NUEVOS - BIBLIOTECA COSMOS
TEATRO NUEVO - LOS POETAS - LA NOVELA LITERARIA
LOS CONTEMPORANEOS - NOVELAS DE AVENTURAS

DIRECCION POSTAL: CASILLA DE CORREO 736

Director: ANTONIO ZAMORA

DIRECCION POSTAL: CASILLA DE CORREO 736

ADMINISTRACION: INDEPENDENCIA 3531

BUENOS AIRES

LA VEJEZ DEL PADRE ETERNO

DE

GUERRA JUNQUEIRO

Será la próxima reedición de

LOS POETAS

Se pondrá en venta el martes 15 del corriente mes.

SUS MEJORES POEMAS

GUILLERMO VALENCIA

SUS MEJORES POEMAS



LOS POETAS

LEYENDO A SILVA

Vestía traje suelto de recamado viso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,
y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,
sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda
por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:
era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía:
sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,
o trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,
donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;
allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,
ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas un río transparente.

Allí la Vida llora y la Muerte sonríe
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...
Allí, cual casto grupo de núbiles Citeres,
cruzaban en silencio figuras de mujeres
que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:
la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello,
la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías
que fueron por los vientos perdiéndose una a una
mientras, envuelta en sombras, se atristaba la luna...

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruído pisara por la alfombra
de un templo... y como el ave que ciega el astro diurno
con miradas nictálopes ilumina el *Nocturno*
do al fatigado beso de las vibrantes clines
un aire triste y vago preludian dos violines...

. . . .

La luna, como un nimbo de Dios, desde Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente
de un lánguido mancebo que el tardo paso guía,
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca a su hermana; un día la Segadora
— sobre la mies que el beso primaveral enflora —
abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió a la virgen pálida sobre el dorado piélago,
que cayó como un trigo... Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;
céfiro de las tumbas, un bardo israelita

le cantó cantos tristes de la raza maldita
a ella, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba a Ofelia mecida por las ondas:
por ella... "Pasemos esta doliente hoja
que mi sér atormenta, que mi sueño acongoja",
dijo entre sí la dama del recamado viso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,
y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de son *calino* y blando
los perfumes de Oriente, los vividos rubíes
y los joyeros mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos a ramilletes secos
que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros
de las locas campanas que en *El día de Difuntos*
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos
lanzados en racimos entre las sepulturas
a beberse la sombra de sus noches obscuras...
.. ..

...Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,
doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera...
y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura
del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin el poema de su melancolía:
exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,
unió la faz de un Numen dulcemente atediado
a la ideal belleza del estigmatizado!...

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;
ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;
amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;
querer remos de águila y garras de leones
con que domar los vientos y herir los corazones;
para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;
segur los ideales en pos de Don Quijote
que en el Azul divaga de su rocín al trote;
esperar en la noche las trémulas escalas
que arrebaten ligeras a las etéreas salas;
oir los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas, amar los incensarios
(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagoroso incienso);
sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;
tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:
eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,
modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

. . . .

¡Oh Señor Jesucristo! por tu herida del pecho
¡perdónalo! ¡perdónalo! desciende hasta su lecho
de piedra a despertarlo! Con tus manos divinas
enjuga de su sangre las ondas purpurinas...
Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos soben partir el alma;
¡amó mucho! circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blando cementerio...

. . . .

No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,
digno del fresco Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,
que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, ¡que diga su tristeza!...
.. ..

¡Amor! dice la dama del recamado viso
en voluptuosos pliegues de color indeciso;
¡Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,
modulan el gemido de la desesperanza;
fué el místico sediento que en el raudal se lanza;
su muerte fué la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona;
ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga
y a los fulgores trémulos de un cirio que se apaga...

¡Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo Cisne y Leda!...

LOS CAMELLOS

Lo triste es así...
PETER ALTEMBERG.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon, silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
copiaron el desfile de la Melancolía.

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
—sopló cansancio eterno la boca del Esfinge!

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescalda:
"amamos la fatiga con inquietud secreta..."
y vieron desde entonces correr sobre una espalda,
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta
que vais levando a cuestas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡Novios de la Palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome—camello que cabalgó el Excidio...—
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente.

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre
mirando, silencioso, dos fuentes de zafiro...

A ERASMO DE ROTTERDAM

"Pintó Hans Holbein", dice la envejecida tela
que a cierta ciudad muerta me fuí a buscar un día,
por ver ¡oh padre Erasmo! la búdica ironía
que de tu boca fluye, que tu desdén revela.

Si tú del polvo alzaste la derribada Escuela
porque a regir tornase la helénica armonía,
¿cómo en la mustia boca de la melancolía
tus labios aprendieron ese reír que hiela?

Enfermo que en mí fijas tus ojos de fantasma:
el frío de tu estéril desilusión me pasma;
atas mi ser y domas, ascética figura

que vas entre los mártires de mi martirologio,
y vuela con tu nombre la voz de mi eucologio,
¡oh cuerdo que tu elogio le diste a la Locura!

EL TRIUNFO DE NERON

Al jonio carro uncidos con áspera cadena
los férvidos corceles presienten la fatiga,
y el ojo atento al brazo del coronado auriga,
escarban el estadio, sacuden la melena.

De las broncíneas trompas por la candente arena
la voz el viento expande, que la inquietud mitiga;
y con los ojos fijos en la imperial cuadriga,
el pueblo de la Loba los ámbitos atruena.

Sobre el marfil luciente de la carroza erguido,
Nerón la gloria ostenta de su oriental vestido.
Alzando el haz de bridas, con indignada mano

vibra la fusta. El grito de la victoria sube...
y entre el dorado cerco de polvorosa nube
se borra el grupo móvil en el confín lejano...

PALEMON EL ESTILITA

Enfuriado el Maligno Spíritu de la devota e sancta vida que el dicho ermitanno facía, entróle fuertemente deseo de facerlo caer en grande y carboniento peccado. Ca estos e non otros son sus pensamientos e obras.

APELES MESTRES.—*Garín.*

Palemón el Estilita, sucesor del viejo Antonio,
que burló con tanto ingenio las astucias del demonio,
antiquísima columna de granito
se ha buscado en el desierto por mansión;
y en un pie sobre la *stela*
ha pasado muchos días
inspirando a sus oyentes
el horror a los judíos
y el horor a las judías
que endiosara ¡Dios del cielo!
que endiosaron a una hermosa
de la vida borrascosa,
que llamaban Herodías.

Palemón el Estilita "era un Santo". Su retiro
circuían mercadantes de Lycoples y de Tiro,
judaizantes de apartadas sinagogas,
que anhelaban de sus labios escuchar
la palabra de consuelo,
la palabra de verdad
que nos salve del castigo,
y de par en par el Cielo
nos entregue: sólo abrigo
contra el pérfido enemigo
que nos busca sin cesar,
y nos tienta con el fuego de unos ojos

que destella bajo el lino de una toca,
con la púrpura de frescos labios rojos
y los pálidos marfiles de una boca.

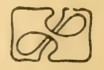
Alrededor de la columna que habitaba el Estilita,
como un mar efervescente, muchedumbre ingente agita
los turbantes, los bastones y los brazos,
y demanda su sermón al solitario,
cuya hueca voz de enfermo
fuerzas cobra ante la mies
que el Señor ha deparado
a su hoz, y cruza el yermo
que turbaron otros tiempos los timbales de Ramsés.

Y les habla de las obras de piedad y sacrificio,
de las rudas tentaciones del Apóstol y del vicio
que llevamos en nosotros; del ayuno y el cilicio;
del vivir año tras año con las fieras,
bajo rotos quitasoles de palmeras;
y les cuenta lo que es sed y lo que es hambre,
lo que son las noches cálidas de Libia,
cuando bulle de planetas un enjambre
y susurra en los palmares la aura tibia,
que provocan en el ánimo, cansado
de una vida muerta y loca,
los recuerdos tormentosos
que en los días pesarosos,
que en los días soñolientos
de tristezas y de calma
nos golpean en el alma
con sus mágicos acentos,
cual la espuma débil
toca
la cabeza dura y fría
de la roca.

De la turba que le oía,
una linda pecadora

destacóse: parecía
la primera luz del día;
y en lo negro de sus ojos
la mirada tentadora
era un áspid: amplia túnica de grana
dibujaba las esferas de su seno;
nunca vieron los jardines de Ecbatana
otro talle más airoso, blanco y lleno;
bajo el arco victorioso de las cejas
era un triunfo la pupila quieta y brava,
y, cual conchas sonrosadas, las orejas
se escondían bajo un pelo que temblaba
como oro derretido;
de sus manos blancas, frescas,
el purísimo diseño
semejaba lotos vivos
de alabastro,
irradiaba toda ella
como un astro;
era un sueño,
que vagaba
con la turba adormecida,
y cruzaba
—la sandalia al pie ceñida—
cual la muda sombra errante
de una sílfide,
de una sílfide seguida
por su amante.
  Y el buen monje
la miraba,
la miraba,
la miraba,
            y, queriendo hablar, no hablaba,
y sentía su alma esclava
de la bella pecadora de mirada tentadora;
y un ardor nunca sentido

sus arterias encendía,
y un temblor desconocido
su figura,
larga
y flaca
y amarilla,
sacudía:
¡era amor! El monje adusto
en esa hora sintió el gusto
de los seres y la vida;
su guarida
de repente abandonaron
pensamientos tenebrosos
que en la mente
se asilaron
del proscrito,
que, dejando su columna
de granito,
y en coloquio con la bella
cortesana,
se marchó por el desierto
despacito...
a la vista de la muda,
¡a la vista de la absorta caravana!...



CIGÜEÑAS BLANCAS

Ciconia pietatis cultrix.
PETRONIO.

De cigüeñas la tímida bandada,
recogiendo las alas blandamente,
paró sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente;

hora en que el Mago de feliz paleta
vierte bajo la cúpula radiante
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura errante.

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Afrenta la negrura de sus ojos
al abenuz de tonos encendidos,
y van los picos de matices rojos
a sus gargantas de alabastro unidos.

Vago signo de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando al sol se despereza,
las lentas agonías de lo Blanco.

Con la veste de mágica blancura,
con el talle de lánguido diseño,
semeja en el espacio su figura
el pálido estandarte del Ensueño.

Y si, huyendo la garra que la acecha,
el ala encoge, la cabeza extiende,

parece un arco de rojiza flecha
que oculta mano en el espacio tiende.

A los fulgores de sidérea lumbre,
en el vaivén de su cansado vuelo,
fingen, bajo la cóncava techumbre,
bacantes del azul *ebrias de cielo...*

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Y restauro del mundo los abriles
que ya no volverán, horas risueñas
en que ligó sus ansias juveniles
al lento crotorar de las cigüeñas.

Ora dejando las heladas brumas
a Grecia piden su dorado asilo;
ora baten el amparo de sus plumas
en las fangosas márgenes del Nilo.

Ya en el Lacio los cármenes de Oriente
olvidan con sus lagos y palmares
para velar en éxtasis ardiente
al Dios de la piedad en sus altares.

Y junto al numen que el romano adora
abre las alas de inviolada nieve;
en muda admiración, hora tras hora,
ni canta, ni respira, ni se mueve.

Y en reposo silente sobre el ara,
con su pico de púrpura encendida
tenue lámpara finge de Carrara,
sobre vivos colores sostenida.

¡Ostro en el pico y en tu pie desnudo
ostro también! ¿Corriste desolada
allá do al filo de puñal agudo
huye la sangre en trémula cascada?...

Llevas la vestidura sin mancilla,
—prez en el Circo—de doncella santa,
cuando cortó la bárbara cuchilla
la red azul de su gentil garganta.

Todo tiene sus aves: la floresta,
de mirlos guarda deliciosos dúos;
el torreón de carcomida testa
oye la carcajada de los buhos;

la Gloria tiene el águila bravía;
albo coro de cisnes los Amores;
tienen los montes que la nieve enfría
la estirpe colosal de los condores;

y de lo Viejo en el borroso escudo
—reliquia de volcado poderío—
su cuello erige en el espacio mudo
ella, la novia lánguida del Frío!

La cigüeña es el alma del Pasado,
es la Piedad, es el Amor ya ido;
mas su vuelo también está manchado
y el numen del candor, envejecido.

¡Perlas, cubrid el ceñidor obscuro
que ennegrece la pompa de sus galas!
¡Detén, Olvido, el oleaje impuro
que ha manchado la albura de sus alas!

Turban sus vuelos la voluble calma
del arenal—un cielo incandescente—

y en el dorado límite, la palma
que tuesta el rojo luminar: ¡Oriente!

Tú que adorabas la cigüeña blanca,
¿supiste su virtud? Entristecida
cuando una mano pérfida le arranca
su vagarosa libertad, no anida.

Sacra vestal de cultos inmortales,
con la nostalgia de su altar caído,
se acoge a las vetustas catedrales
y entre sus grietas enmaraña el nido;

abandona las húmedas florestas
para buscar las brisas del verano,
y remonta veloz llevando a cuestas
el dulce peso de su padre anciano.

Es la amiga discreta de Cupido,
que del astro nocturno a los fulgores,
oye del rapazuelo entretenido
historia de sus íntimos amores

con la morena de ceñida boca,
altos senos, febril y apasionada,
de exangües manos y mirar de loca
que enerva como flor emponzañada;

o con la niña de pupilas hondas,
—luz hecha carne, floración de cielo!...
que al viento esparce las guedejas blondas
y es la carnal animación del hielo;

con la rubia de cutis y perla y grana,
semítica nariz y azul ojera,
que parece, al través de su ventana,
casta virgen de gótica vidriera...

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augústa calma de mejores días.

Símbolo fiel de artísticas locuras,
arrastrarán mi sueño eternamente
con sus remos que azotan las alturas,
con sus ojos que buscan el Oriente.

Ellas, como la tribu desolada
que boga hacia el país de la Quimera,
atraviesan en mística bandada
en busca de amorosa Primavera;

y no ven, cual los pálidos cantores—
más allá de los agrios arenales—,
gélidos musgos en lugar de flores
y en vez de Abril las noches invernales.

Encanecida raza de proscritos,
la sien quemada por divino sello;
náufragos que parecen dando gritos
entre faros de fúlgido destello.
.. ..

Si pudiesen, asidos de tu manto,
ir en las torres a labrar el nido;
si curase la llaga de su canto
el pensamiento de futuro olvido;

¡ah! si supiesen que el soñado verso,
el verso de oro que les dé la palma
y conquiste, vibrando, el Universo,
¡oculto muere sin salir del alma!

Cantar, soñar... conmovedor delirio,
deleite para el vulgo; amargas penas

a que nadie responde; otroz martirio
de Petronio cortándose las venas...

¡Oh Poetas! Enfermos escultores
que hacen la forma con esmero pulcro,
¡y consumen los prístinos albores
cincelando su lóbrego sepulcro!

Aves que arrebatáis mi pensamiento
al limbo de las formas; divo soplo
traiga desde vosotras manso viento
a consagrar los filos de mi escoplo:

amo los vates de felina zarpa
que acendran en sus filos amargura,
y lívido corcel, mueven el arpa,
a la histérica voz de su locura.

Dadme el verso pulido en alabastro,
que, rígido y exangüe, como el ciego
mire sin ojos para ver: un astro
de blanda luz cual cinerario fuego.

¡Busco las rimas en dorada lluvia;
chispa, fuentes, cascada, lagos, ola!
¡Quiero el soneto cual león de Nubia:
de ancha cabeza y resonante cola!

Como el oso nostálgico y ceñudo,
de ojos dolientes y velludas garras,
que mira sin cesar el techo mudo
entre la cárcel de redondas barras,

esperando que salte la techumbre
y luz del cielo su pestaña toque;
con el delirio de subir la cumbre
o de flotar en el nevado bloque:

del fondo de mi lóbrega morada,
coronado de eneldo soporoso,
turbia la vista, en el azul clavada,
alimento mis sueños como el uso;

y digo al veros de mi reja inmota
pájaros pensativos de albas penas:
¡quién pudiera volar adonde brota
la savia de tus mármoles, Atenas!

De cigüeñas la tímida bandada,
desplegando las alas blandamente,
voló desde la torre abandonada
a la luz del crepúsculo naciente,

y saludó con triste algarabía
el perezoso despertar del día;
y al esfumarse en el confín del cielo,
palideció la bóveda sombría
con la blanca fatiga de su vuelo...



ANARKOS

De todo lo escrito amo solamente lo que el hombre escribió con su propia sangre. Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu.

FEDERICO NIETZSCHE.

En el umbral de la polvosa puerta,
sucia la piel y el cuerpo entumecido,
he visto, al rayo de una luz incierta,
un perro melancólico, dormido.
¿En qué sueña? Tal vez árida fiebre
cual un espino sus entrañas hinca
o le finge los pasos de una liebre
que ante sus ojos descuidada brinca.
Y cuando el alba sobre el Orbe mudo
como un ave de luz se despereza,
ese perro nostálgico y lanudo
sacude soñoliento la cabeza
y se echa a andar por la fragosa vía,
con su ceño de inválido mendigo,
mientras mueren las ráfagas del día,
para tornar a su fangoso abrigo.
Hundido en la cloaca
la agita con sus manos temblorosas,
y de esa tumba miserable saca
tiras de piel, cadáveres de cosas.
Entretanto, felices compañeros
sobre la falda azul de las princesas
y en las manos de nobles caballeros
comparten el deleite de las mesas;
ciñen collares de valioso broche,

y en las gélidas horas de la noche
tienen calor, en tanto que el proscrito
que va sin dueño entre el humano enjambre,
tropieza con el tósigo maldito
creyendo ahogar el hambre,
y en las hondas fatigas del veneno
echado sobre el polvo se estremece
fatídico temblor le turba el seno,
y con el ojo tímido, saltado,
sobre la tierra sin piedad fallece.
Todos vuelven la faz, nadie le toca:
al bardo sólo que a su lado pasa,
atedia la frescura de su boca,
"donde nítidos dientes
se enfilan como perlas refulgentes"...

Mísero can, hermano
de los parias, tú inicias la cadena
de los que pisan el erial humano
roídos por el cáncer de su pena;
es su cansancio igual a tu fatiga,
como tú se acurrucan en los quicios
o piden paz, sin una mano amiga,
al silencio de obscuros precipicios.
Son los siervos del pan: fecunda horca
que llena el mundo de vencidos. Llama
ávida de lamer. Tormenta sorda
que sobre el Orbe enloquecido brama.
Y son sus hijos pálidas legiones
de espectros que en la noche de sus cuevas,
al ritmo de sus tristes corazones,
viven soñando con auroras nuevas
de un sol de amor en mística alborada,
y, sin quellegue la mentida crisis,
en medio de su mísera nidada
y, sin que llegue la mentida crisis,

Los mudos socavones de las minas
se tragan en falanges los obreros
que, suspendidos sobre abismo loco,
semejan golondrinas
posadas en fantásticos aleros.
Con luz fosforescente de cocuyos,
trémula y amarilla,
perfora obscuridad su lamparilla;
sobre vertiginosos voladeros
acometen olímpicos trabajos,
y en tintas de carbón ennegrecidos,
se clavan en los fríos agujeros,
como un pueblo infeliz de escarabajos
a taladrar los árboles podridos.
Sus manos desgarradas
vierten sangre; sarcástica retumba
la voz en la recóndita huronera:
allí fué su vivir; allí su tumba
les abrirá la bárbara cantera
que inmóvil, dura, sus alientos gasta,
o frentéica y ciega y bruta y sorda
con sus olas de piedra los aplasta.

El minero jadeante
mira saltar la chispa de diamante
que años después envidiará su hija,
cuando triste y hambrienta y haraposa,
la mejilla más blanca que una rosa
blanca, y el ojo con azul ojera,
se pare a remirarla, codiciosa,
al través de una diáfana vidriera,
do mágicos joyeles
en rubias sedas y olorosas pieles
fulgen: piedras de trémulos cambiantes,
ligadas por artistas
en cintillos: rubíes y amatistas,

zafiros y brillantes,
la perla obscura y el topacio gualda,
y en su mórbido estuche
de rojizo peluche,
como vivo retoño, la esmeralda.
La joven, pensativa,
sus ojos clava, de un azul intenso,
en las joyas, cautiva
de algo que duerme entre el tesoro inmenso:
no es la codicia sórdida que labra
el pecho de los viles:
es que la dicen mística palabra
las gemas que tallaron los buriles:
ellas proclaman la fatiga ignota
de los mineros; acosada estirpe
que sobre recio pedernal se agota,
destrozada la faz, el alma rota,
sin un caudillo que su mal extirpe:

El diamante es el lloro
de la raza minera
en los antros más hondos de la hullera:

¡loor a los valientes campeones
que vertieron sus lágrimas
entre los socavones!

Es el rubí la sangre
de los héroes que, en épicas faenas,
tiñeron el filón con el desangre
que hurtó la vida a sus hinchadas venas:

¡loor a los valientes campeones
que perdieron sus vidas
entre los socavones!

El zafiro recuerda
a los trabajadores de las simas

el último jirón de cielo puro
que vieron, al mecerse de la cuerda
que los bajaba al laberinto obscuro:

¡loor a los sepultos campeones
que no verán ya el cielo
entre los socavones!

Y el topacio, de tinte amarillento,
es recóndita ira
y concreciones de dólor; lamento
que entre el callado boquerón expira:

¡loor a los cautivos campeones
que, como fieras, rugen
entre los socavones!

La joven pordiósera
huyó . . . .

¿Qué formidable vocerío
pasa volando por la azul esfera
con el lejano murmurar de un río?
Es una turba de profetas. Vienen
al aire desplegando los pendones
color de cielo; sus cabezas tienen
profusas cabelleras de leones.
En sus labios marchitos se adivina
el himno, la oración y la blasfemia;
llama febril sus ojos ilumina
de sacros resplandores:
pálidos como el rostro de la Anemia
llegaron ya: son los conquistadores
del Ideal: ¡dad paso a la bohemia!
Ebrios todos de un vino luminoso
que no beben los bárbaros, y envueltos
en andrajos, son almas de coloso,
que treparán a la impasible altura

donde afilan sus hojas los laureles
con que ciñes de olímpica verdura
en tu vasto proscenio
a los ungidos de tu Crisma, ¡oh Genio!
Aquél muestra su aljaba
de cobate repleta de pinceles;
el otro vibra, como ruda clava,
un cuadrado martillo y dos cinceles;
se interrogan, se dicen sus proyectos
de obras que dejarán eternos rastros:
aunque sean insectos,
el mármol y el pincel los harán astros.
Un escultor ofrece
pulir la piedra como fino encaje
para velar un seno que florece
bajo la tenue morbidez del traje;
aqueste de fosfórica pupila,
que las del gato iguala,
discurre solo en actitud tranquila
con el azul cuaderno bajo el ala;
y el bardo decadente,
el bardo mártir que suscita mofas,
levantará la frente,
alto nido de férvidas estrofas,
y de sus labios, que el reir no alegra,
brotará el pensamiento
como un águila negra,
con las alas enormes
desplegadas al viento,
para cantar la Venus victoriosa,
cuya violenta juventud encarne
el espíritu alegre de la diosa
en las melancolías de la carne.
El músico, doblando la cabeza
sobre la débil caja
de su violín sonoro,

dice la voz que de los cielos baja
como un perfume del jardín de oro,
y agarrando del cuello enflaquecido
al tísico instrumento,
lo hace gritar con trágico alarido;
y con ahogados trémulos simula
el sollozo de un mártir que se queja
bajo el negro dogal que lo estrangula;
y sobre todos flota,
como un sueño de amor en noche larga,
la paz del arte que su duelo embota
y su llagado corazón embarga.
Desventurada tribu
de miserables, vuestro ensueño vano
vuela solo entre sombras, como vuelan
las grullas en las noches de verano.
Esa lumbre asesina de los focos
que doran las soberbias capitales,
arderá vuestras frente inmortales
y vuestras alas de zafir, ¡oh Locos!
Sin pan, ni amor, ni gruta
donde dormir vuestras febriles horas,
sucumbís a la bárbara cadena,
sin más visión que la chafada ruta
que os empuja a los légamos del Sena...
¡Canes, minero, artistas,
el árido recinto que os encierra
consume vuestros míseros despojos;
y en el agrio Sahara de la tierra
sólo hallasteis el agua... de los ojos!
Huid como una banda tenebrosa
de pájaros nocturnos que entre ramas
hienden la obscuridad sin voz ni huella;
morid: ¡para vosotros
no se despierta el día

ni se columpia en el cenit la estrella
que llamaron los hombres Alegría!
Cuán lejos de vosotros se levanta,
sobre columnas de marfil bruñido,
la ciudad de los Amos, donde canta
su canto de ventura
el gozo entre las almas escondido.
Allí todos olvidan
vuestra angusitia. Los árboles no dejan
—de silencio cargados y de flores—
llegar, de los vencidos que se quejan,
el treno funeral de sus dolores;
allí, cual un torrente
que dé sus ondas a dormidas charcas,
resbala fríamente
con ruído sonoro
el oro, a los abismos de las arcas.
Allí las sedas crujen,
como crujen las carnes sacudidas
por las fieras: son fieras que no rugen
los seres sin piedad. Ved cómo pasa
sobre el marmóreo suelo
con su capa de pieles la hembra dura,
cual un oso gigante sobre hielo.
¿Por qué se abren sus ojos
desmesuradamente?
¡Ah! si es que apunta con fulgores rojos
el astro de la sangre por Oriente.
Bajo el odio del viento y de la lluvia
por la frígida estepa se adelantan
los domadores de la *Bestia rubia*:
ya los perros sarnosos
se tornaron chacales. De ira ciego,
el minero de ayer se precipita
sobre los tronos. Un airado fuego

entre sus manos, trémulas, palpita,
y arroja a la plebe, al hambre, al fuego.
¡ruge la tempestad de dinamita!
¡Son los hijos de Anarkos! Su mirada
con reverberaciones de locura,
[illegible] pómulos y prietos [illegible];
parecen tigres de la selva obscura
con nostalgias de víctimas y juncales.
El furioso afán de sus piquetas
en trizas torna la vetusta arcada
que erigieron a Dios nuestros mayores
y por la red de las enormes grietas
ha filtrado, con tintas de alborada,
un sol de juventud sus resplandores.
Aquél su arma ruda
pule, que parte huesos y que exprime
el [illegible] de la [illegible]; [illegible]
por el trabajo, rompió su [illegible]
de fatigado siervo,
y bajo el golpe de Luccheni, muda
cayó la Emperatriz como un cordero!

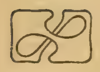
Pini, Vaillant, Caserio y Angiolillo,
[illegible] valor ante la muerte [illegible]:
negros emperadores del cuchillo,
que tendió la garganta
como débil mendrugo
a las lívidas fauces del verdugo;
de [illegible] y [illegible]
su [illegible] [illegible] [illegible]
vuestros nombres. Allí donde culmina
el [illegible] [illegible] de los [illegible]
en [illegible] la guillotina
el [illegible] [illegible]: reivindicadora
por la luz y las almas, [illegible].

Aun parece vibrar en mis oídos
la voz de Emile Henry; ya bajo el hacha
iba a rodar su juvenil cabeza,
como la flor al soplo de la racha,
y exclamó: "Germinal";
y de su herida
corrió una fuente de licor sagrado
que bautizó la historia dolorida
de los siervos, con óleo ensangrentado.
Y ése fué dulce al comenzar; renuevo
de razas de alto nombre.
¿Quién me dirá si un huevo
es de torcaz o víbora? La mente
no sabe leer lo que en tiempo asoma:
el hombre, como el huevo,
en nidos de dolor será serpiente,
¡en nidos de piedad será paloma!

Por dondequiera que mi ser camine
Anarkos va, que todo lo deslustra:
¡un rito secular que no decline
ante el puño brutal de Bakunine,
y el heraldo feroz de Zarathustra!
No puede ser que vivan en la arena
los hombres como púgiles: la vida
es una fuente para todos llena;
id a beber, esclavos sin cadena;
potentado, ¡tu siervo te convida!
¡Nada escuchan! Los pobres, a la jaula
de la miseria se resisten fieros,
y con brazo de adustos domadores
y el ojo sin ternura, ¡los enjaula
la codicia sin fin de los señores!

¿Quién los conciliará? Tibios reflejos
de una luz paternal y vespertina
visten de claridad el linde vago:
es que el Patriarca de los ritos viejos,
de sapiencia cubierto, se avecina,
con la nerviosa palidez de un mago.
Es flaco y débil: su figura finge
lo espiritual; el cuerpo es una rama
donde canta su espíritu de Esfinge;
y su sangre, la llama
que los miembros cansados transparenta;
de su nariz el lóbulo movible
aspira lo invisible;
son sus patricias manos una garra
febril y amarillenta;
es de los griegos la gentil cigarra
¡que con mirar el éter se alimenta!
Impalpable se yergue
—melancólico espectro—
y de la cuerda blanca
a su místico plectro
la melodía arranca.
Impalpable se yergue:
hay algo de felino
en su trémula marcha,
hay mucho de divino
en la nítida escarcha
que su cabeza orea.
Cruza sin otras galas
que la túnica nívea,
que semeja las alas
rotas de un genio de celeste coro,
y sobre el pecho una
cruz de pálido oro.
Alza el brazo. La Europa
lo aguarda como a antiguo caballero

debajo de una bóveda de acero;
calla sus labios la soberbia tropa
de esclavos y señores:
el Pontífice augusto
trae el bálsamo santo que redime,
y calma la batalla de panteras;
revalúa lo justo;
ya va a decir el símbolo sublime...
y de sus labios tiernos
salió, como relámpago imprevisto,
a impulso de los hálitos eternos,
esta sola palabra: "Jesucristo".



SAN ANTONIO Y EL CENTAURO

Y Antonio que había estado descansando, por revelación supo que había otro monje — llamado Pablo — mucho mejor que él, a quien debía visitar. Y el venerable anciano, apoyado en un báculo que sostenía sus débiles miembros, empezó a sentir deseo de ir no sabía dónde. Y proseguía en el camino comenzado diciendo: "Creo en mi Dios; El un día me mostrará al compañero que me ha prometido." Apenas pronunció estas palabras, vió a un hombre en parte caballo, a quien los poetas denominaban Hipocentauro. Al instante arma el monje su frente con la señal de la Cruz, y dice al monstruo: "¡Hola! ¿En qué parte habita por aquí el siervo de Dios?" Y el monstruo, haciendo rechinar no sé qué de bárbaro, y triturando las palabras más bien que pronunciándolas, buscó entre su hórrida boca un discurso blando para responder; extendió luego la mano derecha, mostró al monje el camino y, semejante a un ave, desapareció a su vista atravesando los inmensos campos.

SAN JERÓNIMO.
In vita Sancti Pauli eremitae.

Antonio, el Cenobiarca del silencio Egipto,
para templar los duelos de su vivir—proscripto
en una helada cueva donde retoza el Diablo—

marchóse en altas horas a visitar a Pablo,
el más viejo eremita.
La paz reinaba en torno:
en cálidos efluvios, por sus bocas de horno
respiraba el Desierto. Ya no volaba una
sola pareja de ibis rojos. La luna,
abriéndose ancho paso tras cenicienta franja,
vertía sobre el polvo su amarillo naranja,
seguida por un astro (dorada mariposa
que en derredor girase de una pálida rosa).

Súbitamente el monje, creyendo oir muy lejos
un rumor, se detuvo, y a los blancos reflejos
del astro melancólico vió la extraña figura
de un monstruo que, a galope, cruzaba la llanura,
y removiendo arenas se venía derecho
a él; su cuerpo flaco tembló como un helecho
que el aura mece; "acaso esa bruta carrera
fuese fuego diabólico; tal vez hambrienta fiera..."
¡ya llega! y frente a frente del vital esqueleto
del monje, un sér no visto, desmelenado, inquieto,
se para. El ermitaño y el monstruo se interrogan,
y así, bajo la calma de la noche, dialogan:

EL CENTAURO

Yo soy el viejo Hippofos: el último Centauro
que circundó sus sienes con el augusto lauro
crecido entre las grutas del Sagrado Archipiélago;
soy un hijo de Grecia, que atravesando el piélago,
vino a buscar la sombra de bosques escondidos
para llorar la fuga de sus dioses vencidos.
Y soy la Fuerza alegre; mi brazo poderoso
sabe peinar la ninfa y estrangular el oso;
y en mi pecho, que tiene la aspereza del cardo,
se doblan las espadas y se despunta el dardo,

y, cual rodada piedra que va de tope en tope,
sobre las rocas duras revienta mi galope;
hasta los dioses tiemblan cuando la ceja enarco;
yo rompo dos encinas para forjarme un arco,
y cifro la alegría de vivir. Soy un hombre
que sueña, quiere y puede, y a la par lleva nombre
soy malo como el hombre y ágil como el caballo,
de monstruo; tengo mente, y endurecido callo:
y velo extraño símbolo. Soñador y lascivo,
quien conozca mi esencia conoce un adjetivo,
comprende el adjetivo universal y humano
que entre su seno oculta la palabra ¡PAGANO!
Tu nombre di, Fantasma que dialogas conmigo.

SAN ANTONIO

Yo soy Antonio, un siervo del Señor, tu enemigo,
que atempera sus pasos a la celeste norma
de Jesús, y proscribe la diabólica forma
que corrompe los seres, arebata la mente
y hace perder el alma del hombre eternamente...
No soy púgil: mis brazos no soportan el peso
de un ánfora colmada; se diría de yeso
mi figura unas veces, en otras aparenta
los contornos de una raíz amarillenta.
Mi frente, que no ciñe fresco gajo, sin vello
finge tan sólo el árida rodilla del camello.
Soy un heraldo mudo de la roja victoria
sobre el Olimpo. Digo la beldad y la gloria
de Cristo con los seres que son de Polo a Polo.

EL CENTAURO

No puede vuestro Cristo competir con Apolo,
con el hijo soberbio del Ceñudo y Latona,
que en los brazos de Dafnis al amor se abandona,

o lleva el ígneo carro que volcó Faetonte
por los campos azules del abierto horizonte.
El olímpico auriga de la eterna carroza
donde Febo, ceñido de laureles, retoza
con las Horas desnudas, los sonoros tropeles
por el téer dirige de sus raudos corceles.
Van cayendo las sombras bajo el dardo certero
del Arquero divino; por el ancho sendero
que siguió la carroza, cruza el sol, pasa el día,
y la luz va regando su dorada armonía.

Ese numen risueño que ignoró la tristeza
y ha rendido al Olvido su robusta cabeza,
es el padre del Verso: con su mano divina,
al pulsar los bordones del arpa elefantina,
vaga, dulce, amorosa y simbólicamente,
ha forjado una patria más hermosa que Oriente,
donde yerra el perfume que al dolor nos arranca
y a do vuela el suspiro de amor—alondra blanca
que sobre el pico lleva la miel de un beso rojo.
De allí parten los yambos como flechas de hinojo
del artista con celos, que siguiendo la huella
de Marsyas, lo cautiva, lo vence, lo desuella.

Por la senda más agria del adusto Parnaso,
con la crin en desorden, a la luz del ocaso
va subiendo Pegaso, portador en sus ancas
del cantor Musageta, de las Vírgenes blancas.
Y en la fiesta del mármol, sobre el bajo relieve,
entre dioses risueños y Afroditas de nieve
cuyas bocas ensayan las sonrisas eternas,
se irgue Apolo: la carne de sus pálidas piernas;
el torso alabastrino donde la gracia ondula
en cadenciosos planos; la frente que simula
un ara donde ofician la Luz y la Alegría,
y de su cuerpo todo la vívida armonía,

parece que suspiren por el febril contacto
¡de efebos y de ninfas de delicioso tacto!
¡Al Crinado cantemos!

SAN ANTONIO

Es un ídolo yerto,
es un nombre en el mundo del espíritu, muerto.

EL CENTAURO

Un dios más bello muestra que Apolo y Citerea.

SAN ANTONIO

El triste, el dulce, el pálido Rabí de Galilea.
Es el profeta joven: como dorada lluvia
tiembla su pelo dócil, fluye su barba rubia:
El sabe lo que dice la voz de las colmenas,
y ama los canes tristes como las azucenas;
y son sus ojos grandes, melancólicos, vagos,
y en su fondo reflejan, como místicos lagos,
el divino silencio de las noches tranquilas;
y, cual besos que miren, sus absortas pupilas
aprisionan la calma del azul horizonte;
son sus manos delgadas como lirios de monte;
por su voz habla el eco de un arrullo divino,
y en vez de lauros lleva la toca del rabino.

Es triste cuando vaga cual un pastor extraño,
en busca de la oveja perdida del rebaño,
y cuando gime a solas por el amigo muerto;
es triste cuando, extinta la luz en el desierto,
con la cabeza baja y los ojos cerrados,
medita entre una fila de camellos cansados.
Si entre las frondas negras del olivar espeso
el de Kerioth le besa con su marchito beso,

sabiendo que su soplo sobre el Ungido vierte
la hez de la perfidia y el vaho de la muerte;
cuando la vieja mano de Dios le desasiste
en el postrer instante de su dolor: ¡es triste!

Y si a la tibia sombra de la copada higuera
sentado por las tardes, al pueblo que lo espera
le dice la parábola, y en delicioso abrigo
bajo la vid en fruto de Lázaro, su amigo,
a María—la tierna—y a Marta—la sentida—
enseña a amar el Alma y a despreciar la vida;
cuando, caudillo inerme de la legión futura
de mártires, levanta la mística figura,
sobre el paciente lomo de la borrica tarda,
y en medio de las voces del pueblo que le aguarda
entra a Salem, de angustia y amor el alma llena;
cuando en las horas grises de la última Cena
no ya la Pecadora su casto pie le enjuga—
y mientras Juan—el virgen—comparte su lechuga,
el Rabbi desolado por la melancolía
¡es dulce, es dulce, es dulce!

La blanca Eucaristía
palpita entre sus manos; con la mirada alumbra
los tintes nebulosos de tímida penumbra
que va llenando en olas aquel sereno asilo,
y, destrozado mártir al parecer tranquilo,
suscita sobre el terso cristal de su memoria
la pena sin orillas de su futura historia,
y oye vibrar el beso del hombre que le entrega
y la cobarde excusa de Kefas que le niega,
y, como los retumbos de sorda catarata,
los bárbaros aullidos del pueblo que le mata,
mientras el ancho marco de la ventana hebrea
recorta azules franjas del éter de Judea,
que está diciendo al mártir de faz entristecida:
¡Cómo puede ser libre, fácil, sensual la vida!

Cntéstame: ¿qué trágico calzó mejor coturno
que aquel Crucificado de rostro taciturno
que, erguido sobre el Gólgota, desde la cruz pasea
los ojos por su caro país de Galilea
que no verá en el tiempo, y en lánguido desmayo
se va muriendo exangüe? Cuando vestía el sayo
de punzador ultraje, cuando cargó la carga
de su futura gloria, cuando probó la amarga
bebida el virgen labio dolorido y sangriento,
y oyó que su lamento se perdía en el viento,
¡fué el trágico sublime! La flor de los dolores
regó desde ese instante sus cálidos olores,
y como banda nívea de cisnes familiares,
al arenal sin límites huyeron a millares
las vírgenes de Cristo, que en su mansión de palma
hallaron lo que Grecia no supo ver: ¡el Alma!
Allí, más victorioso que el orcomenio atleta,
con sus pasiones lucha vetusto anacoreta,
creador, en el silencio de abruptas soledades,
de goces no sentidos, de voluptuosidades
que acendra el abstenerse y oculta la tristeza;
allá desde las cruces levantan la cabeza
los mártires heridos—sedientos gladiadores
que secan con sus bocas el mar de los dolores—.
El impasible Kosmos de vuestra fantasía
perdió tal vez su euritmia, su Olimpo, su alegría;
en cambio nuestras almas trocaron la Quimera
por un país excelso donde el amor impera
y...

Súbito el Centauro, doliente, silencioso,
se fué sobre la arena con paso perezoso,
alejando, alejando... y entre la gris llanura
borró para los hombres su helénica figura,
mientras el viejo monje—con su báculo incierto—
con el signo de gracia borraba en el desierto
las huellas del Centauro...

A POPAYAN

Glorificate la Città feconda!
GABRIELE D'ANNUNZIO.

Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos, que prósperos yerros defiendan,
y guarden leones de tranquila postura triunfal,
ni erectas pirámides—urnas al genio propicias—
magníficamente tu fama dilatan, sonora,
con voces eternas, ¡fecunda Ciudad maternal!

¡Extática, lúgubre, las procelosas cuadrigas
tu sueño sacuden, nostálgico pozo de olvido!
Abejas de Jonia melifican del árbol en flor
que nutres, y al águila, ebria de luz y viento,
las garras febriles y el pecho tremente de luchas
aplacan tus gélidas aguas de amargo sabor.

Tú vives del pasado. Púrpura de razas soberbias
do el Monte puro bajo el azul destella.
Sofrenas tu río, alma viva del gesto fugaz,
y el ánfora esbelta, rica de sangre augusta,
perenne derramas, al brillo de estrellas insomnes...
¡y brotan las bélicas palmas en lírico haz!

Tú vives del pasado. Púrpura de razas soberbias
en prófugo instante volaba quemando tus hombros,
y en púberes gajos te reían las pomas de miel...
¡Levanta! ¡la túnica fulge de honor y heridas!
acudan tus buenos, y el rostro marchito restauren,
¡y mullan tus sendas con hojas de nuevo laurel!

Y vives del futuro. Las árticas brumas del Tiempo
rasgas; con ojos sabios interrogas la Noche;
tus hijos epónimos magnifican el prístino azar
con trémulos halos, y miras tu raza ventura
feliz en la fuerza, feliz en sondar el Misterio
que puso en el éter el místico Signo del Sur...

Tú vives de tus glorias. En himno sin término vuelan
tu soberbia esperanza con alas de Victoria,
tus bruñidos escudos, tu gladio de fosco metal.
Con numeroso verbo tus triunfos el ágora enalba,
y, castálida fuente, sólo por ti murmulla
del héroe aquilino la pródiga voz de cristal.

Y vives de tus dones. Tu mísera gente africana
por ti las manos muestra, sin hierros, a la Vida,
y, en férvido ahinco, monumentos de forma sin fin
erige con el bronce vivo de sus progenies
que en móviles grupos, de toscas o nobles figuras,
relievan tu hazaña—¡del uno hasta el otro confín!...

Y vives de imposibles. Al óptimo, audaz Caballero,
Señor de la Mancha, de escuálida, triste figura,
sepulcro le diste, bajo un roble de añosa virtud.
¡Patético hidalgo! de prez tus armas brillan:
dos veces tus pares probaron al orbe su temple:
en trágico golfo, tu yelmo; tu lanza, en Cuaspud.

Tú vives del martirio. Monótono arroyo de sangre
afluye de tu pecho al ávido mar sin orillas...
¡Del Orto al Poniente glorifica tu sino—la cruz!
Al ara fatídica llevan, cual eterno holocausto,
su genio, tu Prócer; el mútilo torso, Camilo;
tu víctima sacra, sus púdicos lirios de luz...

Y vives del orgullo. Colérica tribu de azores
tus marchas preside. Las víboras mudas se tuercen

al golpe moroso de tu cetro de insigne marfil.
A ti los relámpagos ciñen radial corona;
a ti las tempestades rinden sus espadas de oro;
conquistas evoca tu rostro de fiero perfil.

Y vives con tu cielo, libélula errante, cogida
entre las redes que urde la luz de monte a monte
—La tarde se mustia... Figuras ceñidas de tul
agrúpanse pávidas... Arde implacable hoguera;
el cóncavo cruzan torbellinos de nácares y oro,
y el Rey degollado, mil veces purpura el Azul...

En lóbregas simas tu savia la plebe concentra
como el carbón sepulto, la chispa milenaria,
Tus bíblicas madres, cual espigas al beso de Abril,
inclínanse grávidas... ¡Fluyan eternamente,
como las aguas mudas entre las selvas mudas,
tus próceres gérmenes de fausto vigor juvenil!

No mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan,
y guarden leones de tranquila postura triunfal,
ni erectas pirámides—urnas al genio propicias—
magníficamente tu fama dilatan, sonora,
con voces eternas, ¡fecunda Ciudad maternal!

Extática, lúgubre, las procelosas cuadrigas
tu sueño sacuden, nostálgico pozo de olvido...
Abejas de Jonia melifican del árbol en flor
que nutres, y al águila ebria de luz y viento,
las garras febriles y el pecho tremente de luchas,
aplacan tus gélidas aguas de amargo sabor.

LAS DOS CABEZAS

"Omnis plaga tristitia cordis est et omnis malitia, nequitia mulieris."

EL ECLESIÁSTICO.

Judith y Holofernes
(Tesis)

Blancos senos, redondos y desnudos, que al paso
de la hebrea se mueven bajo el ritmo sonoro
de las ajorcas rubias y los cintillos de oro,
vivaces como estrellas sobre la tez de raso.

Su boca, dos jacintos en indecible vaso,
da la sutil esencia de la voz. Un tesoro
de miel hincha la pulpa de sus carnes. El lloro
no dió nunca a esa faz languideces de ocaso.

Yacente sobre un lecho de sándalo, el Asirio
reposa fatigado, melancólico cirio
los objetos alarga y proyecta en la alfombra...

Y ella, mientras reposa la bélica falange
muda, impasible, sola, y escondido el alfanje,
para el trágico golpe se recata en la sombra.

Y ágil tigre que salta de tupida maleza,
se lanzó la israelita sobre el héroe dormido,
y de doble mandoble, sin robarle un gemido,
del atlético tronco desgajó la cabeza.

Como de ánforas rotas, con urgida presteza,
desbordó en oleadas el carmín encendido,
y de un lago de púrpura y de sueño y de olvido,
recogió la homicida la pujante cabeza.

En el ojo apagado, las mejillas y el cuello,
de la barba, en sortijas, al ungido cabello
se apiñaban las sombras en siniestro derroche

sobre el lívido tajo de color de granada
y fingía la negra cabeza destroncada
una lúbrica rosa del jardín de la Noche.

*
* *

Salomé y Jaokanann
(Antítesis)

Con un aire maligno de mujer y serpiente,
cruza en rápidos giros Salomé la gitana
al compás de los crótalos. De su carne lozana
vuela equívoco aroma que satura el ambiente.

Danza todas las danzas que ha tejido el Oriente:
las que prenden hogueras en la sangre liviana
y a las plantas deshojan de la déspota humana
o la flor de la vida, o la flor de la mente.

Inyectados los ojos, con la faz amarilla,
el caduco Tetrarca se lanzó de su silla
tras la hermosa, gimiendo con febril arrebato:

"Por la miel de tus besos te daré Tiberiades",
y ella dícele: "En cambio de tus muertas ciudades,
dame a ver la cabeza del Esenio en un plato."

Como viento que cierra con raquítico arbusto,
en el viejo magnate la pasión se desata,
y al guiñar de los ojos, el esclavo que mata
apercibe el acero con su brazo robusto.

Y hubo grave silencio cuando el cuello del Justo,
suelto en cálido arroyo de fugaz escarlata,
ofrecieron a Antipas en el plato de plata
que él tendió a la sirena con medroso disgusto.

Una lumbre que viene del lejano infinito
da a las sienes del mártir y a su labio marchito
la blancura llorosa de cansado lucero.
Y—del mar de la muerte melancólica espuma—
la cabeza sin sangre del Esenio se esfuma
en las nubes de mirra de sutil pebetero.

La palabra de Dios
(Síntesis)

Cuando vió mi poema Jonatás el Rabino
(el espíritu y carne de la bíblica ciencia),
con la risa en los labios me explicó la sentencia
que soltó la Paloma sobre el Texto divino.

Nunca pruebes, me dijo, del licor femenino,
que es licor de mandrágoras y destila demencia;
si lo bebes, al punto morirá tu conciencia,
volarán tus canciones, errarás el camino.

Y agregó: Lo que ahora vas a oir no te asombre:
la mujer es el viejo enemigo del hombre;
sus cabellos de llama son cometas de espanto.

Ella libra la tierra del amante vicioso,
y Ella calma la angustia de su sed de reposo
con el jugo que vierten las heridas del santo.

DIA DE CENIZA

Y habló sobre mi frente la Ceniza
para decirme que la sima obscura
recogerá tras la sangrienta liza
los restos de mi ajada vestidura.

Y entre la gruta de los negros Hados,
en el regazo de la Noche ciega,
seco montón de huesos desatados
verá la luz si a acariciarme llega.

Hoy el pálido numen de lo inerte
a su callada soledad convida
al que vive soñando con la Muerte
y al que muere soñando con la Vida.

Allí, bajo la cúpula sagrada
donde alivian su espíritu los hombres,
al correr de la turbia marejada
oí sus ritos y olvidé sus nombres.

"¡No nos dejen morir! La luz colora
cálidos horizontes. Vuela, oh nave,
tajando azul con tu luciente prora,
¡todo es sol, todo es verde, todo es ave!"

(¡Ay si el dulce clamor de los Amados
abre el piélago vórtice que crispa!
¡si en medio de la mar desembarcados
se apaga su fulgor como una chispa!

"No nos dejen vivir! Un astro yerto
que empuja el huracán por el desvío
alumbra las arenas del desierto...
¡todo es hiel, todo es sombra, todo es frío!"

"Vivir, vivir hasta que el diente agudo
del último dolor el pecho muerda,
y la Esperanza, bajo el golfo mudo,
hunda el último mástil y se pierda"...

(Oh, los ancianos! Soñolientos sauces
doblados sobre el lecho de unos ríos
que abandonaron, con los viejos cauces,
ramajes que lamentan sus desvíos.)

Tú, reina de las vagas mariposas,
silfa de alitas trémulas que diste
celos a las visiones vaporosas,
di, ¿por qué tienes la mirada triste?

—Doquier cenizas... Misterioso dedo
marcó su frente con el signo amargo;
acercóse risueña y siente miedo
de sus seniles ósculos, letargo.—

¡No el antro pavoroso tu pupila
sonde ni pidas voz a su mutismo,
tú la blanca parásita que oscila
sobre las negras fauces del abismo!

Llorad como la virgen israelita
vuestra dorada juventud, estrellas
con cuerpos de mujer donde palpita
todo el encanto de las noches bellas.

¿Vivís? Agonizáis como las flores
que en el jarrón obscuro de la Tierra
cortadas fueron...
¡Mágicos colores
recuerdos de un capullo; voz que yerra

por los dormidos cálices; desmayo
en las hojillas de apacible verde:

en un tibio crepúsculo de Mayo
vuestra belleza lánguida se pierde!

Llenemos el espacio de gemidos
cantando la canción de los abrojos,
gritemos como gritan los heridos
entre la siega de los lauros rojos.

¡Gemid, poetas! funeraria urna
do bullen entre gélidos arcanos
—bajo la propia lobreguez nocturna—
los versos como lívidos gusanos.

Ante los orbes que el espacio aleja
en el silencio de la excelsa Altura,
el mundo cruzará como una abeja
que vaga susurrando su amargura...



CROQUIS

Bajo el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio...

Mansamente
bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de verdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho...

Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente;
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima obscura
se rompió con estrépito la frente.

Era al amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta a los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío;
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa

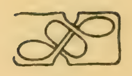
azotaba los techos:
¡enmudecía la ciudad inmensa!
y me dije: ¡quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia
son lágrimas que vienen del vacío
desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
¿fuiste su ninfa ausente?
¿eres su novia muerta,
a los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame a solas su pasión secreta:
¿fué él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz inquieta
tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo...

... ...

Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavura
mana del fondo de la sima obscura;
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego, el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surja entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente...



CABALLEROS TEUTONES

De heroico siglo en apartado día
cruza una pareja de teutones
por las llanuras de la vieja Hungría,
olvidados, con noble bizarría,
de escudos, capacetes y trotones.

Tan sólo a sus cinturas eslabona
pesado anillo la marcial tizona
que a sus puños de acero confió el rito:
bajo el limpio metal que la aprisiona
no ha turbado sus sueños el delito,

ni en baja lid con la mesnada obscura
jamás melló sus filos tajadores,
ni, de su temple y su virtud segura,
se abatió nunca a combatir la impura
falange de malsines y traidores.

Zurda banda de pillos y gañanes
con la pareja solitaria cierra,
que, entre la grita audaz de los rufianes
y al golpe de sus toscos guayacanes,
en sangre moja la mancha tierra.

A destrizar la sórdida gavilla
bastaba la teutónica cuchilla;
pero la ley caballeresca manda
perecer sin defensa en la demanda
antes que herir a gentes de traílla.

Lustre consigan los honrados fueros,
de la altivez al generoso brote;
a estilo de los bravos Caballeros,
¡prefiramos caer bajo el garrote
a mancillar los ínclitos aceros!

BALADA

Al-Mojahed, el Califa
de la florecida barba,
aguileña nariz y ojos tan negros
como el café de la felice Arabia;

Al-Mojahed, el Califa
de veinte años, en Granada,
sus labios muestra sin color y tiene
los ojos tristes y la frente pálida.

No ya remira sus flores
abiertas al sol de Africa,
ni los corceles de cabeza enjuta
que devoran el viento de la pampa;

sobre mullidos cojines
dobla la cabeza lánguida,
que a la luz del crepúsculo semeja
un lívido nenúfar entre agua...

Porque le encienda la vida
hizo venir a su alcázar,
de los confines del Oriente, un moro
de ojos de halcón y cabellera blanca.

Y horas después el Califa,
su fría mano apoyada
en el moro, las sordas galerías
de su desierta habitación cruzaba

hasta descubrir el muro
cuyas vidrieras caladas,
a breve altura, como el arte pide,
filtran la luz por sus rendijas largas,

de donde ¡sueño fantástico
de los magos y las hadas!
salen brazos desnudos de mujeres
rubias, morenas, amarillas, pálidas.

Paróse junto, el Califa,
del primero que asomaba:
era el mórbido brazo de una rubia,
con infantil coloración de nácar.

Tómalo el moro, y al filo
de leve cuchilla, salta
sobre una copa de marfil luciente,
el jugo de la blonda castellana.

Asoma después, más negro
que el ojo de las gitanas
y el tinte obscuro que en dorado fondo
la piel sedosa de los tigres mancha,

el envilecido puño
de una virgen africana,
que al leve araño del cuchillo suelta
undívagas serpientes de escarlata...

Y como de piedra inmóvil,
teñido con luz de alba,
viene luego la mística figura
de un brazo núbil de belleza casta;

redondo y tibio, le cubre
la pelusa plateada
que brilla sobre el rostro de las vírgenes
y en las frutas caídas de las ramas;

y entre el pulido contorno
de sus carnes frescas, blandas,
como en el mármol del antiguo Abruzzo,
corren menudas venas azuladas.

Ese brazo gime, sueña,
languidece, ríe, canta,
revela en el lenguaje de la línea
la luz de un cuerpo, la visión de un alma...

Y cuando vertió sus púrpuras
entre la copa labrada,
pensó el Califa en los arpones trémulos
que van al cuello de las corzas blancas,

y prosiguió distraído
(la copa ya rebosaba):
"La luz viene de Oriente, dijo el moro;
ruega, que tu salud está alcanzada".

Y al ofrecer al magnate
la honda copa torneada
como un seno, "a que bebas te conjuro,
dijo, el solo remedio que te salva".

Y Al-Mojahed, el Califa
de la florecida barba,
de aguileña nariz y ojos tan negros
como el café de la felice Arabia;

Al-Mojahed, el Califa
de veinte años, en Granada,
no mostró ya los labios incoloros
los ojos tristes ni la frente pálida...

Envío

Si a las mías que la buscan
tu mística mano alargas,
alentará mi espíritu ya muerto
con la frescura de su amor, ¡oh Hada!

MELANCOLIA

(*Grabado del Durero*)

¡Oh vagos matices
de lánguidos grises
que ahuyentan la calma
si invaden el alma!
¡Oh dolor sincero
de la Fantasía!
¡Oh *Melancolía*
de Alberto Durero!

Cuadro que despiertas
las visiones muertas
que forjó el Anhelo
para mi consuelo,
simbólica mano
con líneas febriles
trazó en tus perfiles
al Género humano!

La luz amarilla
que en ráfagas brilla
y apenas alumbra
la tibia penumbra,
dorando los muros
en negro recorta
la vieja retorta
de picos obscuros.

La Kábala eximia,
los trazos de Alquimia
fatigan la alfombra
cargados de sombra...

Y en negras marañas
sobre las paredes
se enredan las redes
de las telarañas.

Alada figura
de etérea blancura,
los seres olvida
de flores ceñida.
Yo finjo que vierte
su labio de diosa
la paz de la fosa
y el don de la muerte.

La angosta persiana
de vieja ventana
sugiere sin tules
los cielos azules,
y sobre las alas
del lóbrego piélago,
gigante murciélago
sacude las alas.

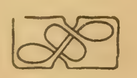
Cual fijo en papiro
la piel de vampiro
despliega en la sombra
vocablo que asombra.
¿Quién le escribiría
con burla macabra,
aquella palabra
de: *"Melancolía"?*

¿Es débil gemido
que anuncia el olvido,
o símbolo obscuro
que cifra el futuro?

¿Es la oculta clave
del amor humano,
o el ¡ay! de un gusano

que quiso ser ave?
¡Oh vagos matices
de lánguidos grises
que ahuyentan la calma
si invaden el alma!
¡Oh dolor sincero
de la Fantasía!
¡Oh *Melancolía*
de Alberto Durero!

Cuadro que despiertas
las visiones muertas
que forjó el Anhelo
para mi consuelo,
simbólica mano
con líneas febriles
trozó en tus perfiles
al Género humano!



FUTURO

(Tema de Anatole France)

Cuando, para la bóveda sombría,
el sol, en el final de la carrera,
niegue su luz en moribundo día,

y sobre el haz de la caduca esfera
agite los cansados resplandores
cual una encanecida cabellera;

cuando desde los árboles sin flores,
descolorado el vívido plumaje,
caigan los ateridos trovadores,

y en el seno de bosques sin follaje
no celebren las músicas del río
el rojo idilio del amor salvaje:

las últimas parejas, con bravío
dolor y melancólica mirada
cabe la hoguera temblarán de frío,

y desde la colina desolada
el pino sólo moverá la copa
a los besos del Abrego erizada.

Mudos, enormes, cual nevada tropa
de fantasmas, los témpanos errantes
sobre los lagos donde duerma Europa,

como bárbara tribu de gigantes
sepultarán el profanado suelo
de mil ciudades que bulleron antes,

donde, como luciérnagas del cielo,
ilusiones de amor y de ventura
iluminaron noches de desvelo...

Vástagos de la imbécil criatura
y el loco Adán, a la marchita sombra
esquivando su lánguida figura,

de las nieves y el liquen por la alfombra
divagarán los últimos humanos
a quien el ceño del pesar no asombra,

y, como los postreros veteranos
de acuchillado ejército, la vida
defenderán con sus vellosas manos;

o en el centro de lóbrega guarida,
envueltos en las pieles crujidoras,
recogerán el alma embrutecida.

Los ecos de las auras gemidoras
arrullarán a sus hambrientos hijos
en las gélidas noches sin auroras,

y al través de los yertos escondrijos
sus híspidas mujeres con pavura,
en la cúpula gris los ojos fijos,

contemplarán por la silente altura
estrellas blancas en mitad del día
y un fatídico sol que no fulgura,

mientras la formidable gritería
de los peludos osos bramadores
llena la sorda inmensidad vacía...

Pasarán los postreros moradores,
de las grutas sin arte, sin conciencia,
nutridos con el pan de los dolores,

sin saber nuestra fe ni nuestra ciencia,
y obscureciendo bajo el cráneo hirsuto
un trémulo fulgor de inteligencia,

por solo anhelo dominar el bruto
y recoger sobre la tierra ingrata
insípida raíz o amargo fruto.

Un ser enfermo, de cabeza chata,
con un bosque de pelos por abrigo,
y ojos donde la bestia se delata,

clavadas en el éter enemigo
las pupilas buscan el Oriente,
sin odio, sin amor y sin testigo

reclinará la sudorosa frente
sobre la tierra y se hundirá callado
en el fúnebre golfo sin corriente.

Al soplo de huracán desenfrenado,
la Tierra por el piélago infinito
irá como un espectro ensangrentado.

En muerta paz y con ahogado grito
no evocarán los tristes animales
de nuestra raza el pálido Delito...

Mientras duermen las obras inmortales
de Homero y Fidias, de Marón y Horacio
bajo los amarillos arenales,

escombros de quimérico palacio,
como una ave perdida en el desierto,
el mundo rodará por el espacio,
¡ennegrecido y olvidado y muerto!

ODA XXVIII DE ANACREONTE

El Retrato de la Amada.

Oh pintor excelente!
del arte dueño en la florida Rodas;
para que pintes a mi ninfa ausente
vengo a contarte sus bellezas todas:

sus fértiles cabellos
imiten los plumones de las aves,
y si la cera lo consiente, en ellos
de esencias pon los hálitos suaves;

bajo la obscura mancha
de la melena undívaga y dispersa,
en grácil línea, de su frente ensancha
el ara ebúrnea, luminosa y tersa;

porque la curva ceja
no se junte a su hermana ni se aparte
huyendo esquiva su gentil pareja,
con albo punto sus dominios parte;

la lumbre de sus ojos
luz de carbones encendidos sea;
imita los de Palas sin enojos
y el húmedo mirar de Citerea;

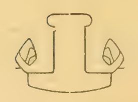
deshoja en leve taza
de leche campesina frescas rosas,
y mojado el pincel, su nariz traza
y de su faz las tintas ruborosas;

en su boca menuda
finja reclamos tu inspirado toque:
incite al beso con palabra muda,
y a desatar sus pétalos provoque;

de la garganta en torno
las Gracias juguetonas revolando,
escuden con sus alas el contorno
del móvil cuello repulido y blando.

De su carne divina
muéstrenos tu pincel blanco destello,
que el ojo tras la púrpura adivina
el ágil talle inmaculado y bello.

Amor mi labio sella...
escucha la esperanza que me enciende:
¡ya ven mis ojos la sin par doncella
que de tu claro lienzo se desprende!



OVIDIO EN TOME

Roma domusque subit desideriuque locorum
Quidquid et amissa restat in urbe mei.
OVIDIO. — *Tristes.*

I

El país gético

Nubes grises de lánguido celaje,
pampa estéril que enturbia la neblina,
rectos picos do el ábrego domina
y chilla brava el águila salvaje.

Allí, bajo los pinos sin ramaje,
sueña el cantor de la Ciudad Latina,
bañado por la lumbre mortecina
que desmaya en las nieves del paisaje.

Es el húmido reino de lo blanco:
irradia sobre el liquen del barranco
y en el oso felpudo de amplia jeta,

sobre la mar — si en los cantiles choca —
sobre la frente de la calva roca
y en los lacios cabellos del poeta.

II

La súplica

Pide a Jove una ráfaga de lumbre
para triunfar sobre el nevado bloque;
pámpano fresco que el erial retoque
y peplo azul para la gris techumbre;

fuentes do juguetona muchedumbre
de Náyades el Sátiro convoque

o egipcio loto que a olvidar provoque
los Siete Montes de dorada cumbre...

Desoye el Numen su lamento. Llora
ya recogido a las moradas yertas;
y al contemplar el coronado busto

que en mármol frío la mansión decora,
piensa que el Divo de pupilas muertas
¡le mira sin cesar con ceño adusto!

II

Nostalgia

"Ya bajo el templo en holocausto puro,
no veré más — entre virgíneo coro —
doblar, mugiendo, la cabeza el toro
que en sangre tiña el pavimento obscuro";

"ni en mi jardín de festonado muro
vendrá a mis brazos la mujer que adoro,
al pie cautivo entre sandalia de oro
y al aire el mármol de su seno duro".

"¡No vibrará sobre mi tumba el sistro
con voz alegre de estival encanto,
aprendida de pájaros traviesos!"

"En las calladas márgenes del Istro
el polvo estéril que mojó mi llanto,
¡helado rodará sobre mis huesos!"

TURRIS EBURNEA

Ábreme, Torre de marfil, tus puertas!
el mal y el bien, los hombres y la Vida
a ti no alcanzan, ni el amor que olvida
roba tu paz con esperanzas muertas.

Al crítico Satán, las aras yertas
y el mustio libro tu dosel no anida;
ni a la tribu de lengua dolorida
asilaron tus bóvedas desiertas.

Vive a tu amparo la Belleza: muda,
impasible, glacial; última diosa
que ornó de mirto el amoroso griego;

yo — como el ave que Minerva escuda —
quiero en la lumbre de su faz radiosa
¡apacentar mis círculos de fuego!

HOMERO

Hasta el Olimpo que la Tierra llora
subió de tu cantar la melodía,
volando en el crepúsculo del día
con voz que a Grecia de laurel decora.

Ávido fuego que la mies devora,
sueltas de Aquiles la pasión bravía,
y los ojos de Eurímaco vidría
la saeta de Ulises vengadora.

En un invierno tu cabeza. Mancha
un piélago de sombras el camino
que el ritmo puro de tu canto llena;

verde corona tu perfil ensancha,
y vas — manso cantor de lo divino —
asido al brazo mórbido de Helena...

PIGMALION

En líbico marfil tallas tu sueño
de amor, la nifa de tu ser exalta,
y entre labios de olímpico diseño
flores de perla tu buril esmalta.

Sufres; el bloque de mirar risueño
donde la fiebre de la vida falta
yace inmóvil: la sangre de tu dueño
bajo las curvas gélidas no salta.

Atiende el cielo tu clamor. "Resurge",
Apolo clama; la beldad esquiva
tórnase carne y a la vida surge;

la besas bajo el ático plafondo,
y entre la red de su pestaña viva
hallas lo Azul sin límite ni fondo...

EL CUADRO DE ZEUXIS

Sobre losas de pórfido camina
una frondosa vid; el sol de Oriente
los racimos de púrpura luciente
y los húmedos tallos ilumina.

El brillo de las hojas, la divina
locura de los ramos, dulcemente
suspiran por el mármol de una frente
y las jónicas ánforas de encina.

Vierte aromas tu vívida pintura,
toda miel, toda luz. ¡Cómo fulgura
esa viña de pámpanos hojosos

do — cautiva de ingenios soberano —
pica las uvas que trazó tu mano
una banda de pájaros golosos!

LOS CRUCIFICADOS

O crux, ave, spes unica!

A Julio Flórez.

Muy negras son tus canas,
¡oh Trágico sombrío!
y muy dulce morir antes que llegue
la trémula vejez envuelta en frío.
¿A qué seguir con taciturno paso
de camellos?... Dormid al pie del Monte
para no ver manchado el horizonte
con el ávida sombra del Ocaso...

En las cruces nudosas
agonizan los mártires; el brillo
roba el dolor a sus hinchados ojos,
que miran a los ámbitos desiertos
con la turbia fijeza de los muertos.
Fuéles la tierra dolorosa: en haces
brotó para sus sienes rama indócil
de puntas erizadas; clavos fríos
que los frágiles huesos taladraron;
para su cáliz, de amargura lleno,
la Vida — inmensa flor — sudó veneno.

En las cruces nudosas
se retuercen las víctimas, tocadas
de martirio las testas luminosas
por lívidos perfiles coronadas.
Lánguidamente en hilos tembladores
tibia la sangre por su faz chorrea
y humedece los párpados, gotea
sobre la barba que en rojizos grumos,
cual en bronce tallada, se obscurece.

Y de sus cráneos la soberbia roca
no bate ya, con las frementes alas,
el grifo luminoso de lo eterno...
Y se enturbió la linfa transparente
de las glaucas pupilas,
claros pozos de lumbre
que del vivir el tedio reflejaron,
y es mudo el labio que de cumbre en cumbre
vibró en la lid relámpagos de acero...
¡Oh mártires! ¡oh ruínas
que marcasteis el áspero sendero
con gajo alterno de laurel y espinas!

En torno de las cruces
do murieron las víctimas, aullando
se amontonó la plebe enfurecida
como un tropel de deslomadas hienas.
Y abajo, los zarzales por alfombra,
y arriba, el Numen, el Amor, la Calma;
los mártires, en medio,
rasgando—muertos—la terrena sombra
al blando golpe de su fresca palma.
. . . .

¡Oh, videntes, oh mágicos cantores!
ahogad el himno, que la cruz aguarda
vuestras manos febriles;
huíd, rompiendo el arpa cristalina,
a refugiaros en las sombras. Llegan
los salvajes de puño sanguinario:
cuando en la viña del furor se anegan,
¡asesinan a Dios en el Calvario!

El verso, cual la tenue lamparilla
que entre las tumbas ocultaba Roma,
alumbre mudo vuestras almas. Hielo
lleváis sobre el espíritu cansado,

y a los Libros—el Arbol de dolores—
del matador que insulta vuestro duelo
sólo llegan los bárbaros clamores.

Pobres muertos que en hórrida solumbra
durmiendo están: la ráfaga de gloria
sobre sus frentes pálidas no alumbra.
¿Qué importa si mañana el Orbe acude,
el Orbe acude entero
a recoger los huesos polvorosos
del mártir que murió sobre el madero!
El libro quedará cual leño santo
de seca sangre por doquier teñido...
y a la víctima, en tanto,
sofocará la zarza del Olvido.

Muy negras son tus canas,
¡oh Trágico sombrío!
y muy dulce morir antes que llegue
la trémula vejez envuelta en frío.
¿A qué seguir con taciturno paso
de camellos?... Dormid al pie del Monte
para no ver manchado el horizonte
con el ávida sombra del Ocaso...

En las cruces nudosas
perecerán los mártires. Doliente
el Ideal, las alas fatigosas
plegando en el azul, lánguidamente,
descenderá sobre la tierra, herido;
y como el Genio del silencio mudo,
las almas tristes lo verán caído
sobre el sangriento marco de su escudo...

AMARILLO CROMO

Tema del pintor Boecklin.

Un Apeles de barba rubia
y de ojo límpido y azul,
se disponía una mañana
a retratarse en plena luz;

tomó pinceles y paleta,
y bien provisto de color,
acomodó su caballete
donde le diese oblicuo el sol.

¡Ras! una línea. "Estoy, se dijo,
en mi florida juventud,
tengo una barba crespa y rubia
y el ojo límpido y azul;

hay que poner en las pupilas
una infinita claridad
que reproduzca, en limpias ráfagas,
la iluminación cerebral;

hay que trazar esta cabeza,
urna del genio y del amor,
y descoger sobre las sienes
una cabellera de dios;

será la boca flor de fuego,
felina, elástica, sensual,
do vibren púrpuras y esmaltes
del marisco más singular;

que el oído perciba el eco
de lo que dice en queda voz

la roca a la espuma que pasa
y el crepúsculo al arrebol,

y la nariz sienta el perfume
con tan sutil intensidad,
que no le escape una molécula
en su divisibilidad"...

Pintaba el maestro, pintaba
cuando, abriéndose la pared,
un esqueleto pavoroso
llegó a colocarse tras él;

púsole la mano en el hombro,
diciendo: "La Muerte soy yo:
traza en tu lienzo mi figura
y allí viviremos los dos"...

Y el artista siguió pintando
con infantil ingenuidad...
y se mezclaba en el espejo
su faz viva a la muerta faz.

Súbitamente huyó el fantasma
atravesando la pared.
(El artista pintó a la intrusa
apoyada la mano en él.)

mejillas, color y nariz;
¡Qué buen retrato!, barba y rizos,
¡qué bien la barba! y esos dientes
y esa palidez de marfil;

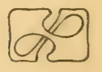
sólo que el ojo copia, triste
la iluminación cerebral,
y la nariz se abre a perfumes
de una acritud particular;

que el oído percibe frases
de desaliento y de dolor,
y parece escuchar el ritmo
del más pausado corazón;

¡la boca tan sólo, esa boca
felina, elástica, cruel,
se pliega en gesto voluptuoso
de melancólico desdén!...

El maestro miró el retrato
como buscando la razón
de aquella indecible amargura
que al comenzarlo no ideó.
"Ya estoy, prorrumpe; si es que opaca
ese amarillo sepulcral
el tono opalino, el violeta
y el rosado crepuscular."

Y un poeta que estaba oyendo,
"pienso, le dijo, como tú:
ese amarillo de las tumbas
nos ha entristecido el Azul"...



CODICILO

Sobre los sepulcros donde a los que fueron
envuelve la noche de la eternidad,
he visto coronas de extrañas figuras,
talladas en mármol, madera o metal;

heladas coronas de flores inertes
y tallos sin vida que ignoran el sol;
heladas coronas de flores exangües,
¡de flores sin tedio, sin alma, sin voz!

¡Tres años! Miremos: la tumba desierta;
la misma corona de yerto metal,
cargada de sueño, cargada de polvo,
cargada de insectos que vienen y van...

¿Y el hombre?—No ha vuelto.—¿La novia y el hijo?
—No han vuelto: la esponja del Tiempo borró
la imagen del ido; ¡por eso dejaron
aquella corona sin alma, sin voz!

Señor imprevisto que llores mi muerte
(ausencias de un viaje por lóbrego mar
a tierras obscuras do lívidas momias
aspiran el opio de la eternidad),

no dejes que olviden al pie de mi tumba
anhelo guirnaldas de vívidas flores,
coronas talladas en piedra o en boj;
de flores con sangre, con alma, con voz;

de flores cogidas en esas mañanas,
abajo esmeralda y arriba zafir;

de flores que traigan sobre las corolas
el último beso del aura de Abril;

que canten el treno de mis agonías
en las horas breves, que lleven color,
y luego desprendan su pétalos mustios
sobre las cenizas de mi corazón;

las quiero empapadas en tenue rocío:
como tengo el cáncer de la ingenuidad,
me persuadiría de que esa agua es lloro
de amigos y amigas (popularidad).

Señor imprevisto que llores mi ausencia,
no quiero en torturas tu afecto poner;
las flores son caras, muy caras, muy caras:
coronas pequeñas ¡diez pesos papel!...

¡No acepto coronas! Escucha: la Tierra
tiene asegurada su fecundidad,
no habrán de faltarle ni ortigas hirsutas,
ni el híspido cardo, ni el agrio zarzal;

y allí, bajo un palio de espinas simbólicas,
aguardaré—príncipe bajo su dosel—
que llegue la hora de explicar mi vida
al Crucificado de Jerusalén...

FIN DE "SUS MEJORES POEMAS"

INDICE

Pág.

Leyendo a Silva 5
Los Camellos 9
A Erasmo de Rotterdam 11
El triunfo de Nerón 12
Palemón el estilita 13
Cigüeñas Blancas 17
Anarkos 24
San Antonio y el centauro 36
A Popayán 43
Las dos cabezas 46
Día de Ceniza 49
Croquis 52
Caballeros Teutones 55
Balada 56
Melancolía 59
Futuro 63
Oda XXVIII de Anacreonte 65
Ovidio en Tome 67
Turris Eburnea 69
Homero 69
Pigmalión 70
El cuadro de Zeuxis 70
Los crucificados 71
Amarillo Cromo 74
Codicilo 77

LOS POETAS

SE PUBLICAN DOS TOMOS CADA MES

OBRAS PUBLICADAS

Vol. 1. **Poesías completas**, de Diego Fernández Espiro.— Vol. 2. **Elegías**, de Eduardo Marquina. — Vol. 3. **El canto errante**, de Rubén Darío. — Vol. 4. **La vejez del Padre Eterno**, de Guerra Junqueiro. — Vol. 5. **Antología de versos para niños**, selección de Gustavo Riccio. — Vol. 6. **Poesías completas**, de José Asunción Silva. — Vol. 7. **Triunfos nuevos**, de Alberto Ghiraldo. — Vol. 8. **Serenidad**, de Amado Nervo. — Vol. 9. **Nuevas Rimas**, de Josué Carducci. — Vol. 10. **Las fuentes del camino**, de José de Maturana. — Vol. 11. **Poemas póstumos**, de Juan Pedro Calou. — Vol. 12. **Viaje sentimental**, por Francisco Villaespesa. — Vol. 13. **La Buena Canción**, por Paul Verlaine. — Vol. 14. **Las Lunas de Oro**, por Julio Herrera y Reissig. —Vol. 15. **Canciones y Poemas**, por Mario Bravo. — Vol. 16. **Los ojos de los fantasmas**, por Emilio Carrere. — Vol. 17. **Poesías completas**, por Jorge Isaacs. — Vol. 18. **Póstuma**, por Stechetti. — Vol. 19. **Poesías selectas**, por Almafuerte. — Vol. 20. **Nuevos Castellanos**, por J. M. Gabriel y Galán. — Vol. 21. **Misa de Réquiem y otras poesías**, de Alfredo R. Bufano. — Vol. 22. **Poesías completas**, de Edgard Allan Poe. — Vol. 23. **Las flores del mal**, por Carlos Baudelaire. — Vol. 24. **Poesías**, de Enrique Heine. — Vol. 25. **Selección de poesías**, de J. de Espronceda. — Vol. 26. **Paja Brava**, por El Viejo Pancho. — Vol. 27. **Caprichos**, por Manuel Machado. — Vol. 28. **Poesías líricas**, por Gabriel D'Annunzio. — Vol. 29. **Agua del tiempo**, por Fernán Silva Valdés. — Vol. 30. **Poesías**, por Víctor Hugo. — Vol. 31. **Las Angustias y otros poemas**, por Rafael de Diego. — Vol. 32. **Rimas**, por Gustavo Adolfo Becquer. — Vol. 33. **Poesías Líricas**, por Juan Wolfang Goethe. — Vol. 34. **Alma América**, por Santos Chocano. — Vol. 35. **Poesías selectas**, por Lord Byron. — Vol. 36. **Versos Libres**, por José Martí. — Vol. 37. **Poesías completas**, por Gervasio Méndez. — Vol. 38. **Poesías**, por Alfredo de Musset. — Vol. 39. **Poesías escogidas**, por José Mármol. — Vol. 40. **Poesías y poemas cortos**, por G. Núñez de Arce. — Vol. 41. **De mi Villorrio y Posturas difíciles**, por Luis C. López. — Vol. 42. **Versos del Quijote**, de Cervantes. — Vol. 43. **Selección de Poesías**, de Gabriela Mistral. — Vol. 44. **Poesías**, de Dante Alighieri. — Vol. 45. **Armonías**, de Ricardo Palma. — Vol. 46. **Cantos Augurales**, de Armando Vasseur. — Vol. 47. **Sonetos**, de Shakespeare. — Vol. 48. **Antología**, de Luis G. Urbina. — Vol. 49. **La Cautiva**, de Esteban Echeverría. — Vol. 50. **Baladas y Canciones**, de Rubén Darío. — Vol. 51. **Elegías puras y lamentables**, de Juan Ramón Jiménez. — Vol. 52. **La amada inmóvil**, de Amado Nervo. — Vol. 53. **Poemas**, de Guillermo Valencia.

Volúmenes 2, 4, 8 y 19, agotados.

Impreso en los talleres de la "Federación



DIRECCION POSTAL:
CASILLA DE CORREO 736
Buenos Aires